

**SOBRE LA INCALCULABLE TRAMA DEL ESTAR JUNTOS:
LA CONDICIÓN HUMANA EN SITUACIÓN DE CATÁSTROFE**

Magalí Catino
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

La subjetividad se convierte en subjetividad humana no solo cuando el sujeto individual es capaz de decidir cómo debe ser y cómo orientar su vida, sino también cuando es capaz de dar cuenta de la vida del otro, de su sufrimiento y de su muerte. (Mèlich, 2000: 17)

La catástrofe se instaló el 2 de abril de 2013 en la ciudad de La Plata con el agua como hecho inmenso, invasivo, imperdonable... pura condición natural desplegada en su magnificente posibilidad de ser. Pero el acontecimiento hoy, narrado y tejido en el espesor social, cultural e histórico requiere su tratamiento. Para no dejar que la experiencia individual y social se pierda en alguna hendidura del tiempo, de manera que lo narrado se vuelva queja obturadora, o melancólica figura de lo perdido. Quisiera aportar algunos ejes de reflexión, creo, necesarios de ser trabajados con los aportes de los enfoques de la pedagogía y de la comunicación.

¿Cómo situarnos frente a la pérdida material, en la que la materialidad de la cultura es parte constitutiva de nuestro universo subjetivo y social? ¿Cómo se juegan las fuerzas de encuentro y desencuentro? ¿Cómo se instala la pregunta no por el ser sino por el prójimo?

La inundación fue literalmente una catástrofe porque fue ese suceso infausto, que liquida y altera profundamente el orden de las cosas, siendo disruptiva y traumática. Arrasó sin preguntar. Destrozó la materialidad. Ahogó la subjetividad. Se llevó la vida de seres humanos, de hermanos, de amigos, de vecinos...

A partir de ella quiero aportar dos órdenes de reflexión. Uno respecto a la constitución o reconstitución de lo ético en situación de catástrofe, como acento de la trama de las subjetividades. Otro absolutamente relacionado con la transmisión y los legados, por las pérdidas en sí y por la función social, como acento de los procesos culturales de lazo social.

Ambas cuestiones las refiero no con el sentido, lícito pero no es este caso, de focalizar para descubrir la dimensión pedagógica o comunicacional de lo pasado, sino en los términos en que dichas reflexiones pueden aportar a la comprensión y desnaturalización del acontecimiento.

Es importante traer y retrotraer, en el sentido de volver a convocar, porque es parte de la función social trabajar el hilo de sus memorias hendidas en el tiempo y en la cotidianeidad, muchas veces rotas o imbricadas en el olvido pero que, también y finalmente, producen dos de las versiones más renombradas hoy, a un mes de la catástrofe: no poder parar de nombrar y relatar lo acontecido anecdóticamente o referir el cansancio de hablar de la inundación.

Dos riesgos corremos como sociedad: llenar tanto de palabras o tanto de silencio el acontecimiento. Si bien ambas, uno reconocería, cumplen sus funciones, quisiera aportar algunos ejes para que tomen visibilidad y no pasen a ser parte del paisaje cotidiano al que deja

de prestársele atención. Para ello recupero la función ética y cultural desde el punto de vista educativo y comunicacional.

La historia del occidente capitalista (en todas sus versiones) se nombra a sí misma en su propia producción de narrativa hegemónica, como la historia de “todo lo bueno”, que se pretende encerrar bajo el significante “civilización”. Sin embargo, esa construcción no designa la historia de lo inhumano, la historia de las catástrofes, de la producción de condiciones destructivas y alienantes, de los totalitarismos en todas sus formas, es decir, no nombra ni designa a los sujetos y los procesos en la historicidad de los acontecimientos.

La situación de catástrofe vivida en la ciudad de La Plata nos interpela profundamente respecto de la pregunta no solo por ¿quién soy, qué me pasó?, sino por ¿dónde está tu hermano/a?, es decir, por el prójimo. En ambos casos las preguntas hacen referencia a definiciones y nociones que han sido legadas y transmitidas. Porque “la cuestión de la transmisión se presenta cuando un grupo o una civilización ha estado sometida a conmociones más o menos profundas” (Hassoun, 1996:10), cuando la perturbación, en este caso disruptiva, coloca el imperativo de la transmisión ya que ella es la que nos permite situarnos en el reconocimiento del otro, de ahí que esta conmoción no nos sea indiferente.

Desde el punto de vista educativo la pregunta que define el encuentro con el otro, es con relación a la forma de resolución del acogimiento al recién llegado, porque dicha hospitalidad es previa a cualquier definición de materialidad y de propiedad. La catástrofe nos sitúa indefectiblemente en la necesidad de repensar la humanidad desde lo inhumano, es decir, desde los márgenes y las víctimas de lo que fue arrasado, de esa situación que alteró profundamente el orden de las cosas. Porque se trastocaron todas las rutinas y los sentidos con que los sujetos interpretan el mundo. Esos días dieron cuenta de lo que nos constituye como sujetos y como cultura, y que solo se vuelve visible en situaciones extremas como las que nos tocó vivir, personal y socialmente.

Pero nuestra cotidianeidad también da cuenta de los rasgos de nuestras sociedades y de nuestra cultura con su carácter fuertemente tecnológico que permea en tecnicidades y tiene un poder omniabarcativo y totalizador, como la producción mediática acerca de lo real. Aunque también son parte de nuestras luchas históricas y políticas, la recuperación de la memoria, frente al olvido y el horror y a la producción discursiva de los medios que ontologizan lo real y producen un reemplazo del acontecimiento. Sin embargo, el acontecimiento nombra, pero también fue experiencia profunda en su despliegue de encuentro humano, poniendo en escena nuevamente la pregunta por el prójimo. Como bien plantea Reguillo Cruz, “para los que comparten una catástrofe hay pocas opciones, en lo fáctico, están condenados a perderse en el anonimato de la desesperación y la constatación del fin; pero en lo mediático, pueden acceder a un mínimo espacio de voz en primera persona y a un protagonismo efímero que arranca emociones entre los espectadores, lo que a su vez deviene en una pequeña posibilidad de abandonar su condición de víctima” (Reguillo Cruz, 1996:1). La forma en que se tensa y articula lo “real” como construcción social y como construcción mediática, coloca la urgencia acerca de plantearnos la manera de nombrarla y de situarnos en ella.

Si afirmamos que no se sale de un trauma colectivo tan arrasador sin el encuentro con el otro, es necesario reconocer una cuestión específica al respecto, la actitud que concierne a la confianza. Confianza que uno deposita en otro, en tanto el futuro depende de la acción de otro, en términos de una apuesta que involucra asumir el no control de la situación, del otro y del tiempo. Ese otro, prójimo que salió al rescate, que anónimamente se hizo presente de infinitas maneras, que puso el cuerpo, el recurso, la sonrisa, el trabajo, la militancia, y no solo desinteresadamente sino en muchos casos profundamente decidida, consciente y comprometida. Esa confianza que tejó lazos, que contuvo la desolación de la soledad material y subjetiva que produjo la inundación, es importante no solo recuperarla en términos éticos en tanto promesa, fidelidad, amistad; sino desde una perspectiva política y democrática, porque la confianza no es lógica ni tiene razón y no puede ser atrapada en un sentido disciplinador. Porque nos nombra, nos constituye, nos trama experiencia colectiva acerca del sentido de mundo. La confianza tiene efectos poderosos, y bien a la vista estuvieron en cada rincón de la ciudad, porque se produce en la cotidianeidad, está en la familiaridad, es aquella que se hace acto, está presente. Si no fuera así no podríamos sobrevivir.

Pero la confianza también es tomar un riesgo, cuando algo se presenta como desconocido, ese que se presentó al rescate, a donar, a ayudar. La confianza trama el modo de socialidad en tanto crea y recrea estructuras de relación, porque no es una cualidad que pertenece a los sujetos, sino que se produce “entre” los sujetos, ella se refuerza y acomoda en el tiempo de una historia, porque es la forma de acogimiento, la vía humanizante y, por ello, es siempre una relación decisiva y asimétrica. Es en ese vínculo, en esa relación, donde se enlaza y se produce el sentido acerca de la condición humana y de un proyecto político de lo pensable, de lo permitido y de lo posible.

Reflexionar sobre las maneras en que producimos y habitamos es fundamental porque si no podríamos correr el riesgo de asumir que nada de lo que nos ha pasado tuviese la menor importancia para las prácticas sociales, culturales e históricas, así como para las condiciones de producción subjetivas. Esto es lo que articula el campo del sentido y abre el desafío acerca de cómo pensar o repensar qué transmitir, cómo, a quiénes y por qué. Ya que la ruptura en el orden del acontecimiento, entre pasado y futuro, tiene terribles dimensiones fácticas en la catástrofe. Si asumimos que “una transmisión lograda ofrece a quien la recibe un espacio de libertad y una base que le permite abandonar (el pasado) para (mejor) reencontrarlo” (Hassoun, 1996: 11).

Aprender a pensar no parametralmente, en términos de plantearnos la posibilidad, aunque sea potencialmente, de pensar lo no pensable, de pensar ese territorio del recuerdo donde quedó anudada la tragedia, de traer la exterioridad, el orden de la alteridad que nos constituye, la experiencia personal, para reconvertirla en términos de experiencia histórica y colectiva. Porque las estructuras parametrales “se expresan a partir de las inercias, las perezas mentales, la conformidad, la idea de que el pensamiento es un acto puramente cognitivo... Pero el pensamiento no es un acto meramente cognitivo, es un acto de resistencia cultural”

(Zemelman, 1996: 123). Este es uno de los rasgos característicos de la condición humana, romper los límites, romper los parámetros.

Por eso vuelvo a ir por donde empecé, dialectizando un sentido de inquietante extrañeza, dando visibilidad, problematizando algo que se puso claramente en la superficie de lo sociocultural, que fue la imagen de lo que se vio pero también fue la experiencia, que es parte de lo relatado y de lo callado: la pregunta ética no es ¿qué es el hombre?, sino ¿dónde está tu hermano/a? Porque la subjetividad humana se forma a partir de la alteridad radical, del otro sucumbido, de lo degradado, de la memoria que no tiene que ser negada y sí legada, pero lo importante es recuperarlo para que el recuerdo de la historicidad del acontecimiento no se transforme en una historia de los vencedores, sino que se trame como hecho político e histórico de la sociedad y la cultura. No hay historia o justicia sin restitución de lo que tuvo lugar, el “Había una vez...” es nuestra responsabilidad ética y política no dejarlo sin palabras ni en silencios sordos, de ahí la urgencia para repensar nuestra función educativa y comunicacional. La memoria de la inundación es nuestra responsabilidad pedagógica como sociedad, para poder otorgarle su capacidad interpretativa de manera tal que su función sea reflexiva, ya que la narración es el recurso. La realidad está así, no es así y podría ser de otras infinitas maneras; se produce cotidianamente, por nosotros, por cómo somos, por cómo pensamos, por cómo habitamos. Impedirnos producir una condición huérfana de referencias es el imperativo, romper el silencio, es también transmitir.

Finalmente en estas últimas palabras, que siguen siendo las primeras, recupero la reflexión de Freire cuando dice “si soy puro producto de la determinación genética o cultural o de clase, soy irresponsable de lo que hago en el moverme en el mundo, y si carezco de responsabilidad no puedo hablar de ética. Esto no significa negar los condicionamientos genéticos, culturales, sociales a que estamos sometidos. Significa reconocer que somos seres condicionados pero no determinados. Reconocer que la historia es tiempo de posibilidad y no de determinismo, que el futuro, es problemático y no inexorable” (Freire, 1997: 20).

El acontecimiento nos problematiza para repensar cómo los procesos de transmisión y de memoria se asientan y generan, al mismo tiempo, en una razón y una cultura basada en la formación de la memoria histórico-política. Solo reconociendo estas dimensiones podemos ser capaces de aprender a pensar con el hilo de la tradición rota, con la conciencia formada en una historia discontinua, en la hendidura del tiempo. Ni el ser humano, ni los procesos sociales y culturales se fabrican. Nacen, se producen. Son puro inicio y la posibilidad de creación de un mundo posible.

Bibliografía

Mèlich, J. C. y Bárcena, F. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Buenos Aires, Paidós.

Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires, Ediciones de La Flor.

Zemelman, H. (1998). *Conversaciones didácticas*. Neuquén, Ediciones de la Universidad Nacional del Comahue.

Reguillo Cruz, R. (1996). *La Construcción Simbólica de la Ciudad: Sociedad, Desastre y Comunicación*. México, ITESO.

Rivas Díaz, J. (2005). "Pedagogía de la dignidad de estar siendo". Entrevista a Hugo Zemelman y Estela Quintar. *Revista Interamericana*. CEME, Chile.

Freire, P. (1997). *Pedagogía de la Autonomía*. México, Siglo XXI.